

# HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 665

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-  
ses 7'50 PESETAS.  
Comunicados á precios convencionales  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 25 DE MAYO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS  
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea  
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.  
En primera. . . . . 00'20 id. id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 18

## Castelar

(EN EL PRIMER ANIVERSARIO)

Et post hoc decidit in lectum et cognovit quia moreretur. (Machab. libro 1, cap. 1.)

Almo espíritu que asiendo por lo infinito y transparente sus impalpables alas en las llamaradas vividas de los soles que ruedan cadenciosos como una música y se baña en un divino éter que circula animando la Creación y se embebe con las bellezas arquetípicas que en los senos de Dios se esplendoran y fluyen y se reflejan; y barro toscoso, sí, muy toscoso, que se deshace empujando en las tribulaciones de la propia materia, mudable por ser de naturaleza finita, finita por ser humana, humana porque siempre han de encarnarse las almas en las formas perecederas del organismo físico corruptible.

¡Pobre Castelar! Cayó muerto el coloso; pero aun siento palpitar su inmenso espíritu, henchido maravillosamente todo él de inmortalidades ideas, en los giros modulados del aire, que cantan con melancólica poesía una elegía y un poema, exaltadas por la grande pasión del genio que doraba con su fulgor sobrehumano los dogmas inmutables de la ciencia en sus altos principios y agrandaba embelleciéndolos los campos reflejados del Arte en su variada y espléndida manifestación. Cayó muerto, privado del latido poderoso que sostiene y alienta los dulces movimientos de la vida, y todavía parece que su glorioso estro, vagando con las esencias íntimas del alma en su memorable recordación, nos proclama las maravillas de su grandeza intelectual, que abarcaba anchos espacios, anchos espacios morales, donde se feundaban y crecían, al calor de su purísimo sentimiento de natural y grande artista, los indeterminados gérmenes de la idea en sus altos principios y agrandaba embelleciéndolos los campos reflejados del Arte en su variada y espléndida manifestación. Cayó muerto, privado del latido poderoso que sostiene y alienta los dulces movimientos de la vida, y todavía parece que su glorioso estro, vagando con las esencias íntimas del alma en su memorable recordación, nos proclama las maravillas de su grandeza intelectual, que abarcaba anchos espacios, anchos espacios morales, donde se feundaban y crecían, al calor de su purísimo sentimiento de natural y grande artista, los indeterminados gérmenes de la idea en sus altos principios y agrandaba embelleciéndolos los campos reflejados del Arte en su variada y espléndida manifestación.

Todo talento sobrenatural es una enfermedad en una entraña—nos dijo él, en histórico deslumbrador período, llamando «epilepsia del alma» al genio—y así fué, que la misera enfermedad hincó su garra dearnada en aquel soberbio atleta de la idea, de la idea grande, radiante y hermosa, la cual brotaba envuelta en la cadencia rítmica de su placidísima palabra, suave como un blando murmullo entre las hojas, melodiosa como una inspirada sonata trovadoresca, delicado y penetrante como un inabarcable amoroso suspiro de cándido manco; más ¡ay! que el pobre microbio no supo lo que hacía, mirando aquella vida preciosísima que compendaba, en desigualdad síntesis de concertada armonía, toda una exquisita sensibilidad, fácil al reflejo de la emoción más tenue, todo un entendimiento altamente comprensivo, toda una vivaz fantasía, soñadora romántica de grandes ensueños, y toda una artística palabra, que era al par, luz y color, fundidos en un bajo indefinible, miel y aroma, volando en espiral por los aires como un incienso, la ciencia infinita de un arte invisible, que no podemos ni adivinar ni comprender, la suprema expresión de la locuencencia maravillosa de los siglos, encarnada por prodigio divino en un gran ser humano.

se tendían con prodigiosa tensión sus nervios excitables en descargas de electricidad atronadora, relampagueando en fulminaciones apocalípticas terribles su espíritu providamente creador; su cabeza esférica y proporcionada, con las hermosas gallardías de la curva en el astro celeste, la cual se agitaba en los movimientos de un acompasado balanceo, revelando la interna superior armonía que predominaba ingémitamente á las facultades de su profundo ser, en el pensamiento que vuela vibrando entre las combas de la onda sonora y que se traza con la inmovilidad del signo perpetuado por la línea escrita... todo, todo constituía en él, dón celestial, pasión arrobadora y magistosa unión de una virtud sin límite. Su grandeza no era una grandeza de la tierra, y á Dios fué como en r-torno de magníficos dones.

Las grandes ideas, las altísimas inspiraciones, los geniales arrebatos desordenados, esas sublimes cimas del humano espíritu, donde se sienten los convulsos horrores del vértigo que llama al abismo—por ser espejismo del propio yo, más hondo y atrayente que todos los abismos—abstraen la esencial y deliciosa belleza de las cosas y de los misterios, aunque destruyéndose cruelmente la palpitante entraña que late en el organismo; porque las creaciones espirituales son partos dolorosísimos que sacuden con estremecimientos horribles todo el ser, pues ni el dislocado corazón pudiera soportar en su recinto estrecho los inmensos latidos del inmenso sentimiento, ni la pobre limitación del material espacio del cerebro pudiera tam poco contener, sin quebrarse, á la divina centella del pensamiento fecondamente creador, que abarca con su impalpable vuelo hasta los orbes en sus parábolas rutilantes.

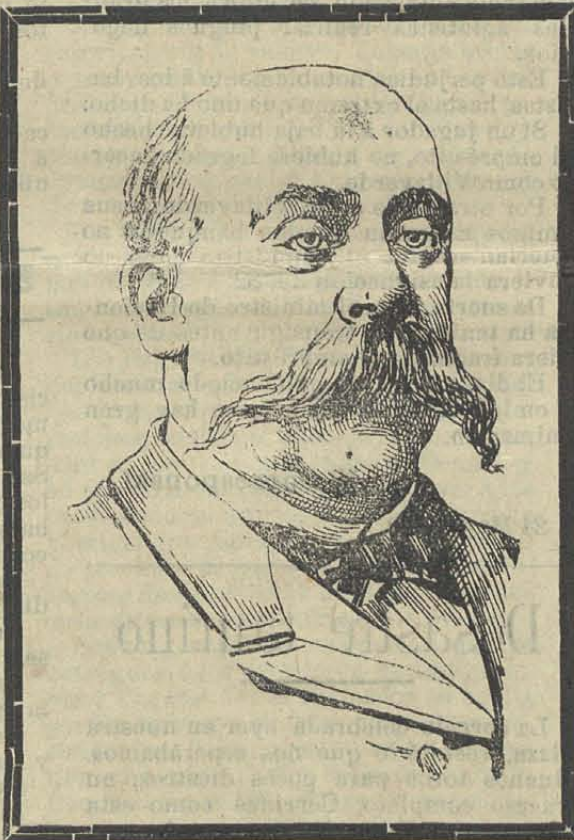
Las ideas, con su oculto rescoldo, fueron quemando insensiblemente aquella grande alma, porque las ideas, pálidos destellos de una inmaterial hoguera relumbrante, vivifican, fortalecen, inervan; pero también agostan lentamente los sanos retoños de la vida en sus florecimientos, con la ardiente quemadura de un impalpable fuego. La grandeza de su genio era una pesadumbre ociosa para un organismo, siempre tan pequeño, y su cuerpo necesariamente rindióse enflaquecido y torturado por las graves torturas del mal de muerte. Faltóle calentafóforo para provocar los súbitos encoñamientos de la célula que chispeaba con in-creado resplandor en su cerebro, y sangre nueva para impulsar con ritmos vigorosos la vida fisiológica de su corazón; mas aún brillaban por los íntimos senos de su alma, en esas sagradas soledades del recuerdo confuso, los bellos angustiosos crepusculos de una eterna despedida, poblada de tristezas, cuando entrecortara la agonía los alientos lentos y pausados de su desmayado pecho, que ansiaba beber oxígeno á raudales, ansioso por la vida tan dulce para todos, como inmortal para él la muerte...?

Castelar decía sus párrafos delicados, vibrando la maravillosa arpa de su espíritu al soplo celeste de la inspiración genial, como aquel que siente un dolor y exhala un gemido. Era tan espontáneo, tan natural, que no se pueden menos de venerar, en su poética prosa inimitable, el secreto de una infancia dichosa como la del Adán genesiaco, la inefable virginidad del candor. ¡Virginidad castísima, hechizo del alma, éxtasis del arte, á donde no llega ninguna delicia del mundo.

Castelar no ha vivido, no, en esta baja esfera de aquellas prosaicas é impuras

realidades que manchan cuanto tocan y lo ennegrecen, porque su alma ha reposado aspirando siempre los benditos soplos de la altura, paseándose idealmente por entre los grandes cuadros de la ple-tórica Naturaleza, vagando con la admiración suspensa sobre los abismos del pensamiento, por entre los magisteriosos pasajes de una interminable Historia, llena y plagada de providenciales prodigios, espaciándose con los francos enterecimientos de la pura emoción estética, hondamente sentida y expresada elocuentemente, por entre las memorables tragedias de la gran Humanidad empa-pada por un religioso vaho de lágrimas, con una corona punzadora por todo símbolo de sacra redención, también inmolada en su cruentísimo altar de todos los humanos sacrificios.

Castelar ha vivido libre del polvo que levantan tumultuosamente las ciegas pasiones las cuales discurren en tromba gigante de un polo á otro polo, aventando lo creado en infernal vorágine de levaduras malas, porque ha vivido alimentado espiritualmente del ideal en su inmaculada luz, en los mundos que había creado con su propio genio; y cuando estos mundos brotan creados como al soplo recién salido de la palabra divina, en la primera mañana de la Creación, caótica y muda, el pobre ser, indeficiente y débil, ya no respira en esta baja atmósfera del mundo, porque vive prendido al infinito por las ideas, en anticipada visión de los cielos, sintiendo sobre sí la plenitud de Dios que agita con la inspiración su alma, pues que la inteligencia, cargada de vastos y profundos conocimientos, es más preciosa y más preciada y más envidiable que todo un cielo engalanado con sus azules mantos de zafiro,



del reinado espiritual de la gracia y de la fé, apostol austero el uno de las regeneradoras penitencias, y el otro serafín encendido en los amores divinales; y á Garibaldi, concreta materialización este hombre de la excoela libertad, con el gran Abraham Lincoln, que redimiendo esclavos, consagra almas cristianas en los democráticos bautismos de la santa igualdad entre los hombres, hermanos todos; y con Petrarca al Dante, los dos idealizantes místicos del casto amor en páginas gloriosas; y á Horacio con Homero, la gran personificación gentilicia; y á Milton con Tasso, ciego y pobre aquel, opulentísimos los dos en sus creaciones imborrables; y con el Ticioano á Murillo, los celebrados summos artistas de las delicadísimas penumbras; y á Colón con Camoens, los dos aventureros de ignotos continentes, que componen un poema en la tierra y en el libro; y á San Alberto el Grande con Santo Tomás de Aquino, iluminados entendimientos resplandecientes, con serenos albores de aurora, que fundan famosa escuela científica, apoderándose absolutamente del nebuloso espíritu de los tiempos medios; y á Byron con Shakspeare, los dos gigantes de una literatura colosal; y á Bopp con Grimm, los dos sabios lingüistas del humano verbo, que brota del labio henchido de un inmortal espíritu; y á Copérnico con Galileo, que exploran los senos inmensurables del espacio, sintiendo rodar la tierra como un globo bajo sus pies conmovidos; y á Calderón con Cervantes, que doran esplendorosamente la fase literaria de un siglo inolvidable; y á Voltaire con Rousseau, los dos abortos incomprensibles de una naturaleza monstruosa; y con Demóstenes á Mirabeau, los dos sostenedores titánicos de una elocuencia que no acaba; y á Mozart con Bellini, los dos preciosos secretos de una armonía celestial, que escuchamos embelesados, en la tierra; y á Lope con

las edades, como un poema efílico de in-comunicable hermosura, que nos produce el infinito escalofrío de lo sublime....

Muéstrase Castelar grande, universal, portentoso, inmenso, cuando nos habla del Vaticano monumental y de sus mayestáticas pomposas ceremonias, del carácter personal de los Papas que cifieron el deslumbrante anillo, y de sus varios cambios sucesivos y sus deca-dencias y engrandecimientos pasados, que brillan á los ojos del fervoroso creyente, enrojecidos por el misticismo; cuando nos relata los metafísicos coloquios de aquel pálido monge armenio, sobre las misteriosas contradicciones de la naturaleza humana y los indeficientes progresos del espíritu en la escala de la ciencia y de la idea; cuando nos pone de relieve, con plástica frase, á la encantada Atenas, evocadora de tantos recuerdos inmarchitos, que se engarza en los mares como arrullada dulcemente por entre los bellos coros de las islas griegas; cuando nos encomia á la gentil Venecia, bañada en un rosado cristal de aguas móviles como espejuelos, que surcan las pasadas góndolas por los canales de la romántica ciudad; cuando nos habla de Florencia, la ciudad de los recuerdos y de los amores, de Bolonia, la ciudad música, de Pisa, la ciudad muerta; y cuando, en fin, hace surgir con hermosos paralelos ó en vivos contrastes, por maravilla de sus creaciones asombrosas, las más grandes figuras de la humanidad, trayendo á la memoria y á la admiración, así como fundidos, á los clásicos recuerdos de la musa de Virgilio, y á los trazos terribles del pincel de Miguel Angel, que espanta al mundo con su prodigiosa cabeza del Moisés; y al fastuoso emperador Tito con el célebre Papa Alejandro Bor-gia; y á Nerón con Domiciano, que se glorían con un incendio de infernales iras por toda corona de magestad; y á Alejandro con Napoleón, puras encarnaciones del genio conquistador y guerrante; y á Sócrates con Platón, cristalizados seres en los idealistas filosóficos del académico Pórtico griego; y á Tiberio con un Augusto, gangrenas chorreantes mal tapadas con los andrajos de una púrpura imperial; y á Isafas con Ezequiel, las dos apariciones terribles que iluminan inefablemente las admiradas páginas de un inmenso libro que se llama la Biblia; y á Lutero con Calvino, los dos ortodoxos creyentes, fatalmente descarrilados de la ortodoxia por el error, que al sentimiento mata y al alma ensombrea; y á San Bernardo con Savonarola, un santo que enseña y un mártir que muere; y á Spinoza con Fichte, los dos pensadores alemanes de una anticuada filosofía radicalista, secadora de todo lógico proceso, que se remonta de un salto á la esperanza; y á Píndaro, el cantor de las odas líricas, con Anacreonte, el de las melifluas y dulzosas; y á Fidias con Praxiteles, los dos creadores inspiradísimos de una estatuaría palpitante y solemne; y con San Ignacio de Loyola á San Francisco de Asís, restauradores benditos del reinado espiritual de la gracia y de la fé, apostol austero el uno de las regeneradoras penitencias, y el otro serafín encendido en los amores divinales; y á Garibaldi, concreta materialización este hombre de la excoela libertad, con el gran Abraham Lincoln, que redimiendo esclavos, consagra almas cristianas en los democráticos bautismos de la santa igualdad entre los hombres, hermanos todos; y con Petrarca al Dante, los dos idealizantes místicos del casto amor en páginas gloriosas; y á Horacio con Homero, la gran personificación gentilicia; y á Milton con Tasso, ciego y pobre aquel, opulentísimos los dos en sus creaciones imborrables; y con el Ticioano á Murillo, los celebrados summos artistas de las delicadísimas penumbras; y á Colón con Camoens, los dos aventureros de ignotos continentes, que componen un poema en la tierra y en el libro; y á San Alberto el Grande con Santo Tomás de Aquino, iluminados entendimientos resplandecientes, con serenos albores de aurora, que fundan famosa escuela científica, apoderándose absolutamente del nebuloso espíritu de los tiempos medios; y á Byron con Shakspeare, los dos gigantes de una literatura colosal; y á Bopp con Grimm, los dos sabios lingüistas del humano verbo, que brota del labio henchido de un inmortal espíritu; y á Copérnico con Galileo, que exploran los senos inmensurables del espacio, sintiendo rodar la tierra como un globo bajo sus pies conmovidos; y á Calderón con Cervantes, que doran esplendorosamente la fase literaria de un siglo inolvidable; y á Voltaire con Rousseau, los dos abortos incomprensibles de una naturaleza monstruosa; y con Demóstenes á Mirabeau, los dos sostenedores titánicos de una elocuencia que no acaba; y á Mozart con Bellini, los dos preciosos secretos de una armonía celestial, que escuchamos embelesados, en la tierra; y á Lope con

Góngora, que crean un propio estilo inconfundible y establecen una característica tendencia en el teatro y en la poesía; y á Lamartina con Fenelón, que dejan una estela de plácido centelleo en los fastos humanos; y á Ríos Rosas con Moreno Nieto, que hacen temblar la parlamentaria tribuna bajo las conmociones de su inflamada palabra elocuentísima....

Y de tal modo, la portentosa inteligencia de Castelar anima y mueve á toda la Humanidad y á toda la Historia, y contrasta hombres y tiempos, uniéndolo al paganismo con la edad de los Césares, á la primitiva civilización informe con la cristiana floreciente, á los oasis de la Edad Media desapareciendo ante las auroras del Renacimiento que llegan en crecientes vislumbres, al clasicismo de las gallardas formas con el romanticismo de las pulquérrimas idealidades y al mundo pasado con el moderno mundo progresivo en la unificación grandiosa de la conciencia universal humana, en que todo se relaciona y anima mutuamente, tocándose en las comunicaciones inenarrables de los manes del genio, reflejados en la historia eterna, arca veneranda que adoramos en la religión del alma, á la que sirve de santa corona la religión de los dolores redentora.

Fué eminentemente célebre por todos sus actos públicos; memorabilísima aquella desgraciada noche, cuando las desbordadas turbas populares pretendían asaltar el inviolable Palacio de las Leyes, en medio de un ensordecedor griterío y del entre las siniestras descargas que enrojeciendo los aires sembraban pánicos y susurros, su enérgica figura, poseída del difícil valor en tal peligro, se destaca ingentente y altiva desafiando la inminencia de un trance mortal, y con aquellas poderosas rosas palabras, infundidas de la pasión vivificadora, que era el aroma de su pensamiento, de «madame á mí, pero dejad á estos que vienen conmigo» la ronca multitud se paraliza espantada, pues que en esos instantes solemnes, la virtud prestigiosa de su palabra se ennoblece, se magnifica, y por desconocido impulso se levanta á la hermosa dictadura en las conciencias, que acata el pueblo reverente, sobreorgano por un pasmo de emoción inexplicable.

Cantor perpétuo de la libertad, esa elevada expansión de las almas en sus derechos providenciales, un nímene de arrebatador lirismo latía tan poderoso en sus arengas, en sus invocaciones, en sus escritos, que semejava, propiamente, verdaderas estrofas robustas y redondas.

Su soberano espíritu era tan amplio para sus vastas memorias, condensaba en sí tanto recuerdo hermoso, reunía y sintetizaba tanta esparcida belleza en la admirable concentración del prisma psíquico de su fantasía pasmosa, donde todo giraba arrebolado con las resplandecientes tintas de risueña alba de Mayo, volaba tanto por los espacios ideales sobre la intangible cabalgadura de su pensamiento gallardamente corredor, que parecía como que estaba presente á un mismo tiempo en los solitarios boscajes del Asia, bajo un sol de los trópicos ardiente, en los susurradores maniguales de la feráz América, al borde de los indios mares ceñidos con grecas de perlas y festones de nácares como espumas de nieve, ó á las orillas sonantes de las ríntimas lagunas pontinas, bajo las redondas bóvedas de árabe mezquita, grabadas con signos inteligibles de sacras sentencias mahometanas, ó envuelto en los primorosos encajes de la prietra, convertida en canto soberbio y triunfal de la Alhambra gigantes, ó escuchando gemir los besos de las áuras, en sensibles cadencias rotas y tiernas, por los frondosos huertos de la valenciana vega opulentísima, ó los quejumbrosos vagidos de la melancólica gaita en danza, por las selvas y vallecillos y alquerías pintorescas, como filigranas caprichosas de japonés abanico por las gallegas nevadas tierras; porque en su hermosísima palabra, lira y paleta al par, donde se tienden con bellas armonías éteras colores del iris y aladas notas del pentagrama, se conjuntan maravillosamente, enlazados por la imaginación reproductora, líneas severas, ojivas caladas, horizontes rojos, verduras movidas de oleaje, balnearios de pasión ardentísima, remembranza de típica cantata, todo lo que es vida plena, desbordada y caliente, y forma nervio en el alma mater de los alegres pueblos del embriagante Meridión; ¡qué grande es la palabra, qué grande, qué musical, qué hermosa, pero qué inmensamente divina!

Para nosotros, pobres y escasos del necesario juicio crítico, el genio coloso de Castelar tenía innatamente un doble concreto aspecto, que consistía en la perfecta creación de la forma, esculpida y modelada como con buril de artista, también en la perfecta creación del espíritu vivificador é informante de la cosa creada como con llama vital, concepto substancial de profundo subjetivismo y cantor no modelado de objetividad arrebatadora.

